

INTRODUCCIÓN
SOCIOLOGÍA DEL FUTURO. REFLEXIONES
SOBRE CULTURA DE LA INNOVACIÓN
Y VISIÓN PROSPECTIVA

Dr. Enric Bas
Director de FUTURLAB

SOCIOLOGÍA Y FUTURO

Una de las cosas que me fascinó de la Sociología, siendo aún estudiante, fue su falibilidad; su incapacidad manifiesta, desde un punto de vista estrictamente científico (llámenlo newtoniano, positivista o determinista) para predecir —y aun explicar— de manera absoluta el comportamiento del individuo en sociedad, y de unos sistemas sociales en relación a los otros. Ello puede resultar chocante si no se tiene en cuenta el reverso (*yin-yang*) y la implicación directa que dicha falibilidad conllevaría: el comportamiento humano en sociedad no obedece a leyes naturales, no está predeterminado (y por ello es impredecible desde un punto de vista determinista), luego las sociedades —y las personas que las componen— son libres para elegir su propio destino.

El enfoque dominante en Ciencias Sociales, por aquel entonces, era el positivismo: si algo no podía ser demostrado cuantitativamente, no merecía ni tan siquiera ser

tenido en consideración. Tal era el ansia por equiparar la Sociología a otras «ciencias» que el mero hecho de poner en cuestión las virtudes de la modelización matemática era considerado poco menos que una blasfemia. En plena expansión de la economía de consumo de masas los estudios de mercado y de opinión se centraban, de forma preeminente, en un enfoque cuantitativo, basado a su vez en el uso extensivo de la encuesta y productos derivados (gráficos, estadísticas, etc.), y relegaban a un segundo plano —cuando no obviaban directamente— cualquier otro tipo de aproximaciones consideradas menos «rigurosas».

Y fue el trabajar devotamente en este tipo de enfoque (me encantaban —y me encantan— las matemáticas) lo que me llevó a la revelación referida al principio de estas líneas. Diseñando encuestas me di cuenta de que, en virtud de los indicadores empleados, de las variables que yo considerara a la hora de construirlos, de cómo jerarquizará éstas, de las categorías que les asignara, y del rango de valores que adscribiera a dichas categorías, estaba definiendo la realidad; poniéndole puertas al campo. Aplicándolas, pude constatar los sesgos —matemáticamente justificables y asumibles pero sesgos al fin y al cabo— derivados de los procesos de muestreo y del rol del encuestador. Analizándolas, me apercibí de que, con idénticos datos, podía moldear diferentes realidades e informar de diferentes conclusiones, a voluntad del cliente o mía propia.

Me di cuenta de que, tras el complejo tratamiento matemático residían presunciones y apriorismos; de que tras la pretensión de objetividad científica subyacían enormes sesgos subjetivos, y de principio a fin: durante todo el proceso. De repente comprendí que no existía «la realidad social» como algo objetivable y único; existían interpretaciones de la misma. Y, les pareceré del todo ingenuo, pero eso para mí fue toda una revelación. Una revelación que tornó la obvia desilusión inicial en fascinación. Ciertamente, para algunas personas puede resultar una experiencia cercana al desasosiego apercibirse de que la vida en sociedad no es absolutamente predecible: lo previsible tranquiliza; el corsé en ocasiones ayuda a evitar la descomposición. Pero para mí resultó una liberación, excitante y a la par abismal: de repente la complejidad y la incertidumbre se convirtieron en algo ineludible, que había que asimilar (no aislar) y que aportaban imprevisibilidad, ciertamente, pero también —y precisamente

por ello— un margen de acción potencial considerable. Me apercibí, entonces, de que el futuro, lejos de estar predeterminado, se podía construir.

Siempre se ha dicho que la Historia la escriben los vencedores, quienes interpretan y transmiten a conveniencia una lectura de los datos y los acontecimientos acorde a sus propios objetivos. Llegué a la conclusión de que esto era también aplicable en Ciencias Sociales al tiempo presente (la descripción y la comparación) y al tiempo futuro (la previsión). Hacía más de veinte años que multinacionales como la *Shell* habían empezado a emplear la técnica de escenarios, inventada a finales de los años cincuenta por la *RAND Co.* en los Estados Unidos, y casi tres décadas desde que Bertrand de Jouvenel publicase *L'art de la conjecture* (1965), pero estas aproximaciones metodológicas (más cualitativas, más creativas, y más abiertas) aún no habían logrado calar en el mundo académico español, cerrado en banda a aproximaciones alejadas del determinismo propio del positivismo científico.

Esto ocurrió en mis últimos años de estudiante universitario, cuando tuve el enorme privilegio de colaborar con algunos de mis profesores en investigaciones reales para clientes reales, y en mis primeros años de ejercicio profesional, en los que tuve la suerte de trabajar como consultor en proyectos de cierta envergadura. Estas incursiones iniciáticas —pero intensas— fueron fundamentales para luego enfocar mi trabajo de investigación durante los cuatro años que disfrute de una beca FPI para llevar a cabo mi tesis doctoral. Durante estos años, y los que siguieron en mi carrera académica e investigadora, pude constatar la prevalencia de ese enfoque cerrado y positivista en diversos ámbitos que iban desde el académico-científico (donde se enseña e investiga) al de los gestores públicos y empresariales (siempre tan obsesionados con las gráficas y los números) pasando por el editorial: aún recuerdo cuando —años ha— tuve que enviar varios catálogos de prestigiosas editoriales internacionales para demostrar que «eso de la Prospectiva» lejos de ser una veleidad especulativa y novedosa, era algo concreto, aplicado y más bien viejo —aunque en España no se hubiera publicado prácticamente nada en cincuenta años— y así avalar mi manuscrito. Ya saben que, en éste nuestro querido país, nos cuidamos muy mucho de hacer o decir nada que alguien no haya dicho o hecho con anterioridad. Tal es nuestra capacidad innovadora.

La confirmación de esta, digámosle, falta de cultura de la innovación generalizada en España, me llegó al tener ocasión de observar de primera mano la forma de trabajar en otros países (mucho más abierta y experimental, y no por ello menos rigurosa; también mucho más eficaz). Digamos que aquello me provocó un *shock* cultural que derivó en una sensación de perplejidad de la que aún no he logrado liberarme, sino todo lo contrario. ¿Por qué nosotros seguimos funcionando con esquemas y metodologías que otros abandonaron o complementaron con aportes adicionales de probada eficacia hace mucho tiempo? ¿Por qué sacrificamos la productividad y la competitividad en aras de la reproductividad y el corporativismo? ¿Por qué adolecemos de falta de visión estratégica, tanto a nivel individual como colectivo? ¿Por qué ese miedo —o incapacidad— ancestral para asimilar los parámetros del sistema en que operamos y promover el emprendimiento, el liderazgo y la innovación? ¿Por qué esa resistencia al cambio y la innovación en la investigación científico-académica dentro del mundo científico-académico (y especialmente las Ciencias Sociales), las instituciones públicas y las empresas? Estas son preguntas que aún quedan por resolver, y que traslado al lector.

LA PREVALENCIA DEL «QUE INVENTEN ELLOS» EN ESPAÑA

Personalmente me declaro incapaz para explicarlo, salvo remitiéndome a Francis Ford Coppola («todo está en *El Padrino*» me dijo, en su día, uno de mis profesores de Sociología) y, en un plano más académico, Max Weber y su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*: la dimensión cultural como epicentro y elemento vertebrador de todo sistema social. Tras casi veinte años trabajando como investigador, formador y consultor, tanto en el ámbito público como en el privado, he llegado a la conclusión personal —y tal vez equivocada— de que nuestra raíz cultural (como pasa con el resto de PIGS: ya saben, el acrónimo acuñado en su día por la prensa británica para describir al problemático grupo de países del sur europeo —Portugal, Italia, Grecia, España—) pesa como una losa en nuestro intento por sobrevivir en un sis-

tema que no inventamos nosotros y que nos es del todo ajeno. Un sistema basado en la dialéctica individuo/comunidad, los ideales ascéticos, y en una cultura del esfuerzo y una concepción del trabajo propios de otros parámetros culturales (protestantes, calvinistas...); aquéllos que sirvieron de caldo de cultivo para el nacimiento y desarrollo del capitalismo.

Puesto que no ponemos al individuo en el centro de la Historia (como sí hacen los protestantes, que le otorgan un papel protagonista en detrimento de la referencia sobrenatural), consideramos el porvenir como algo predeterminado y ajeno a nuestra voluntad, por lo cual nuestra visión de futuro está castrada de inicio desde un punto de vista creativo. Y ello es un inhibidor perfecto —perfectamente destructivo, quiero decir— para el desarrollo de una cultura de la innovación.

Así, en nuestro país, y a pesar del loable esfuerzo de algunos individuos, empresas e instituciones en los últimos cuarenta años, no se ha llegado a integrar —y ni mucho menos a consolidar— el pensamiento prospectivo en las instituciones y las empresas. Ha habido intentos, en muchos de los cuales he tenido ocasión de participar, de «hacer Prospectiva» en materia de Seguridad Pública, Turismo, Educación, Gestión del Patrimonio Público, Políticas de I+D+i, y un largo etcétera. Intentos que han pretendido abrir un camino para, en lugar de ir a remolque de las situaciones (algo tan nuestro, culturalmente hablando, como sugeríamos antes) o anticiparnos a un futuro probable (y, por lo tanto, inexorable desde un punto de vista predictivo), trazar un camino a un futuro deseable, elegido. Es decir, intentos por abordar el futuro de forma creativa e innovadora; de forma proactiva, no reactiva ni preactiva.

Pero estos intentos, que han hilvanado un esbozo de lo que se podría llegar a hacer, finalmente han sucumbido a la lógica aplastante de nuestro sistema de valores. Ese sistema de valores ancestral que Unamuno implícitamente señalase como culpable de nuestro devenir histórico al acuñar el legendario «que inventen ellos», con esa mezcla inteligente y lúcida de humor negro, desazón y reivindicación. ¿Llegará el día en el que, en tanto que país, seamos capaces de generar un sistema educativo diseñado con visión de futuro y orientado a desarrollar una cultura de la innovación desde la base? ¿Podremos llegar a consensos mínimos sobre qué país podemos y queremos ser o resultará imposible diseñar un plan estratégico a largo plazo debido a los coyuntura-

les vaivenes políticos? ¿Seremos capaces de identificar nuestras potencialidades como país y articular mecanismos para establecer prioridades sectoriales o nuestras industrias irán apareciendo y desapareciendo en virtud de unos cambios de contexto que somos incapaces de prever ni a los que nos adaptamos? ¿Podremos aplicar la visión prospectiva para mejorar nuestra competitividad como país, y la competitividad de nuestros ciudadanos, en tanto que profesionales operando en una realidad global? ¿Seremos capaces de aplicar esto a nivel operativo, tanto en las instituciones como en las empresas, p. e., a la hora de diseñar el modelo turístico que queremos, o seguiremos yendo a remolque de situaciones coyunturales —conflictos bélicos, subidas de precios, etc.—, estando a merced de las decisiones de los demás?

CONTRA LA LEY NATURAL Y LA UTOPIA: IMAGEN COMPARTIDA DE FUTURO

Mi experiencia en Finlandia, la que considero mi segunda casa, me dice que es posible abordar cambios estructurales, identificar una imagen de futuro compartida para la comunidad, y poner proa hacia ella con medidas de largo alcance que permitan la corresponsabilización de los ciudadanos en el proceso, desde que son niños. Educándolos para pensar en el futuro (es el único país del mundo en cuyas escuelas, institutos y universidades se imparte Prospectiva como materia transversal) y en términos de comunidad: los derechos no provienen de divinidades ni idealismos utópicos *naif*. Los derechos, en este orden de cosas, más bien son considerados privilegios otorgados al individuo por el colectivo de pertenencia y se adquieren desde la corresponsabilidad con la propia comunidad.

Es la comunidad quien te financia —en calidad de ciudadano— la sanidad, la educación, etc., y quien, por tanto, es la beneficiaria de pleno derecho del retorno que has de producir con tu comportamiento cívico y tu trabajo (y tus impuestos). Una forma de entender el estado del bienestar basada en la corresponsabilidad (el ciudadano es un ser humano adulto, libre y responsable) en lugar del paternalismo propio de otras fórmulas pretendidamente redistributivas que —por demagógicas y

anacrónicas— están abocadas indefectiblemente a la corrupción y el populismo más zafio, como hemos podido constatar en España. Por eso en Finlandia apenas hay economía sumergida, ni fraude fiscal. Tampoco fracaso escolar, tal cual lo entendemos aquí: en Finlandia, cuando un alumno universitario no cumple con sus obligaciones, queda privado de su derecho a educación gratuita (expulsado del sistema, en el caso de la educación superior) y puede ser obligado a devolver las ayudas recibidas. La comunidad, que pone los medios para maximizar sus limitados recursos (también humanos) exige al individuo el retorno inmaterial (esfuerzo, dedicación, objetivos) de la inversión material realizada en él: la educación en Finlandia es totalmente gratuita, a todos los niveles y en todos los ámbitos (incluso en el privado).

En el caso de la educación superior, en Finlandia la gratuidad no sólo es un derecho, si no la mejor garantía de que la comunidad aprovechará el talento local al máximo, no dejando fuera del sistema educativo a nadie por carencia de medios materiales. Por otra parte, la adecuación de la oferta formativa a las necesidades reales del mercado, las limitaciones de plazas por estudios, aula y universidad y la exigencia de un nivel de excelencia (a nivel actitudinal y de aptitudinal) predeterminado para el acceso, se han revelado filtros efectivos para garantizar que los recursos empleados por la comunidad en formación han sido maximizados, en términos de nivel formativo, productividad y competitividad profesional de los egresados.

Todo el mundo que quiera puede estudiar una carrera sin preocuparse por la cuestión económica; pero ha de demostrar que merece (por talento, motivación y capacidad de trabajo) ocupar una de las plazas ofertadas. Y ha de revalidar ese derecho cada curso académico. El filtro no se pone «al final» del proceso formativo; es decir, no lo pone el mercado (como pasa en España): lo pone la sociedad a través del sistema educativo en su totalidad y, especialmente, al regular el acceso a la educación superior; de esa forma no se generan falsas expectativas (ni la frustración que ello conlleva) y se aminora el riesgo de desajustes con el mercado de trabajo a nivel interno (como pasa en España, donde el número y perfil de los egresados está —digámoslo así— descompensado con lo que las empresas demandan).

Esta forma de proceder tiene un impacto evidente sobre la eficiencia en la gestión de recursos públicos (aumentándola), la eficiencia del sistema educativo (aumentán-

dola), la competitividad de los profesionales (aumentándola) y el riesgo de desempleo o subempleo (disminuyéndolo). Esto es, a mi modo de ver, igualdad de oportunidades real. Una forma de entender la igualdad totalmente alejada de demagogias utópicas que, al final, conducen inexorable y paradójicamente al darwinismo social, repercuten negativamente en las posibilidades de movilidad social para los ciudadanos con menos recursos, y acaban provocando más desigualdad y polarización, y un grave coste de oportunidad —en términos pérdida de capital humano— para la comunidad en su conjunto.

Finlandia obtuvo la independencia a principios del siglo XX, y hace menos de veinte años era un país subdesarrollado y sumido en una crisis profunda. Hoy día es un país perfectamente integrado en el sistema mundial capitalista, que invierte casi el doble de la UE en I+D+i, con un sistema educativo que produce profesionales competitivos, con una movilidad social basada en la meritocracia, con una tasa de paro irrisoria, y un nivel de redistribución, progreso y equidad social sin parangón. Su éxito radica, en gran parte, en el hecho de que fueron capaces de diseñar un sistema educativo eficiente, consensuado desde un comité parlamentario para el futuro del país (el *Parliamentary Committee for the Future*, que allí existe desde hace veinte años, y que ha permanecido incólume a cambios en la composición del Parlamento), integrado por representantes de todas las fuerzas políticas. Si ellos lo consiguieron, ¿por qué nosotros no?

Pero cuando pienso en el hecho de que, cuando realizamos la primera estancia de investigación en el *FFRC-Finland Futures Research Center* (la «pata» de investigación del modélico Sistema Nacional de Innovación finlandés), para nuestra sorpresa resultamos ser los primeros españoles en poner el pie allí para estudiar el rol de la Prospectiva en todo ese proceso, el pesimismo me invade. No puedo comprender cómo es posible que jamás, empresa o institución pública alguna, ni de ámbito nacional ni regional, general o sectorial, dedicase recursos y tiempo a estudiar y conocer en detalle un modelo de referencia mundial, que se ha revelado exitoso y excelente desde un punto de vista prospectivo y estratégico —sobre todo en Educación— y tratar de aprender de él.

Considero que establecer actividades de *benchmarking*, tanto desde las instituciones públicas como desde las empresas privadas, con empresas y entidades homólogas

de reconocido prestigio internacional que hayan alcanzado cotas de excelencia reseñables a escala global en la actividad que desarrollan, ha de ser necesariamente algo bueno. Sólo así se puede aprender (que no copiar) y mejorar. Es algo a lo que, en el ámbito científico-académico, los investigadores estamos acostumbrados —casi obligados— a hacer continuamente: tratar de conocer y trabajar con los mejores en nuestra área de conocimiento, intentando así aprender los unos de los otros para mejorar nuestra capacidad competitiva y de resolución de problemas. Y personalmente no entiendo mi trabajo —ningún trabajo, hoy día— sin la dimensión internacional ni el trabajo en red.

Pero el caso es que, como en muchos países de Latinoamérica (aunque allí nos llevan la delantera, por tradición, redes y receptividad institucional y empresarial), en España nos hemos limitado a «trasplantar» puntual y esporádicamente métodos y técnicas prospectivas, pero nunca hemos generado una cultura de inteligencia prospectiva, al no promover desde las instituciones la transferencia entre el mundo de la investigación y de lo aplicado, ni se ha prestado demasiada atención —o no al menos de forma sostenida— al colectivo científico-profesional especializado en esta materia. Un colectivo de «radicales libres» que, a pesar de haber estado totalmente desestructurado desde un punto de vista formal, existe y viene realizando importantes aportaciones, en diferentes ámbitos, desde finales de la década de 1970. Un colectivo que es reconocido como excelente y respetado a nivel mundial por la comunidad científica y profesional, y los organismos internacionales que integran la Prospectiva en sus rutinas de trabajo al más alto nivel. Y me estoy refiriendo a entidades del calibre del Club de Roma, la Fundación Batelle, la UNESCO o la OCDE, con las cuales colaboraron Jesús Moneo y Emilio Fontela.

POR UNA PROSPECTIVA PARTICIPATIVA Y CREATIVA. NUESTRA PROPUESTA

Recuerdo cuando, en el marco de la Conferencia Nacional de Prospectiva que organicé en 2001 en la Universidad de Alicante y que amablemente accedió a presidir

el profesor Emilio Fontela, discutía estas cuestiones con el propio Emilio. Guardo como oro en paño uno de los tres últimos ejemplares de su obra *España en la década de los ochenta; un estudio de prospectiva económica* (Instituto Nacional de Prospectiva, 1980), con el que me obsequió en 1999. «Creo que uno de estos ejemplares estará mejor en tus manos (...) Deseando que mantengas viva la Prospectiva en España durante muchas décadas», recuerdo que me escribió Emilio en su dedicatoria manuscrita. Imagínense lo que ello supuso para un chaval que se iniciaba en la investigación, como yo era entonces. Me motivó como nunca nadie lo había hecho antes, ni lo ha vuelto a hacer después. Así era Emilio: absolutamente genial, amable, accesible e inspirador.

Durante casi diez años tuve el placer de aprender de él, y colaborar en diversas iniciativas para reivindicar el papel que la Prospectiva debía tener en el mundo académico, investigador, empresarial e institucional. Como, por ejemplo y entre otras, aquella reunión de «expertos en Prospectiva» convocada por la FECYT en el Ministerio de Educación, en 2005, de la que ambos fuimos ponentes responsables a petición de los organizadores, y a la que asistieron muchos de los colegas que participan en este libro-homenaje.

El objetivo en aquella ocasión era articular una red académica e investigadora que pudiera concurrir de forma competitiva a convocatorias europeas y así poder evitar el tremendo coste de oportunidad que suponía —supone— una pérdida de recursos derivada de la ausencia de planificación institucional: teníamos en España una tradición que, como hemos sugerido anteriormente, se remontaba a mediados de los años 70 (con el Instituto Nacional de Prospectiva, dirigido por Jesús Moneo y que había estado vinculado a Presidencia de Gobierno), y un grupo nutrido, altamente capacitado y con proyección internacional de académicos e investigadores en Prospectiva, pero más de tres décadas después seguíamos aislados, desarticulados; «invertebrados», en palabras de Ortega. Ahora, a tres años de cumplir otra década, siete años después de aquella reunión, seguimos exactamente en la misma situación. Nada nuevo bajo el sol, lamentablemente.

Tras el fallecimiento de Emilio, mi relación con Jesús Moneo se estrechó y tuve el honor de disfrutar de su tiempo y su sabiduría. Con Jesús aprendí mucho de la

histórica —endémica, diría yo— falta de visión de futuro que hemos padecido en España y, también, de aquel espíritu primigenio que guió a su generación en un momento difícil y de transformaciones radicales en nuestro país; un espíritu inspirado en el ideal de trabajar por un futuro mejor para la comunidad. Hasta sus últimos días estuvo barruntando iniciativas —tal y como puede verse en su contribución a esta obra—, tratando de implicar a entidades públicas y privadas, para reactivar la integración de la Prospectiva, sus metodologías y enfoques, en el mundo académico e institucional español, y promover su integración plena como herramienta de transformación y progreso al nivel de otros países del mundo desarrollado. Fue un pionero, un visionario, y lo siguió siendo hasta el final. Por eso hemos querido rendir un tributo especial a Jesús, transformando el prólogo originalmente escrito por él para homenajear a Emilio —en calidad de colega y amigo—, en un «capítulo cero»; en el origen simbólico de algo que empieza de nuevo y mira hacia delante, como siempre hizo él.

Este libro-trilogía fue concebido estando ambos vivos como una iniciativa sumamente humilde pero no por ello menos ambiciosa, como ellos eran. Una iniciativa con pretensiones de conexión intergeneracional, pero también de conexión multidisciplinar e internacional, que recogiera múltiples enfoques, experiencias y sensibilidades, en diferentes contextos y ámbitos, sobre las potencialidades de la Prospectiva para la innovación y el desarrollo social. Así, con el apoyo visionario y comprometido de Marcos de Miguel (director de la Editorial Plaza y Valdés) y de Andrés Montero (codirector, conmigo, de la Colección Futuros) y con un arduo trabajo de años, hemos logrado recoger aportaciones de muchos de los más destacados prospectivistas de todo el mundo, que quedan reflejados en los tres volúmenes: visiones, experiencias y propuestas.

El primer volumen —visiones— trata de introducir al lector en el pensamiento prospectivo y su conexión con la cultura de la innovación, con textos generalistas y aproximaciones diversas. El segundo volumen —experiencias— desciende al terreno de lo aplicado y el análisis de casos, tomando como referencia el territorio y/o el ámbito profesional en el que se implementó el ejercicio prospectivo. El tercer volumen —propuestas— expone nuevas y emergentes vías de aplicación de la Prospec-

tiva en áreas de actividad que tradicionalmente no han integrado metodologías de esta naturaleza, pero que tienen un potencial enorme.

La amable participación de Federico Mayor Zaragoza, a quien solicité que escribiese el prólogo definitivo tras leer el hermoso y conmovedor obituario que dedicó a Jesús en el diario *El País*, pone el broche de oro definitivo a la obra. Federico Mayor Zaragoza, quien fuese Director General de la UNESCO, es uno de los máximos exponentes —y más reconocidos a nivel internacional— intelectuales de la Transición, junto con Emilio y Jesús, y uno de los principales valedores de esa Prospectiva española, «invertibrada» y algo huérfana, pero enormemente talentosa, productiva e influyente que desde aquí reivindicamos.

La obra, en su conjunto, supone un esfuerzo colectivo de una parte significativa de la comunidad internacional de inteligencia prospectiva por reivindicar la necesidad de generar y articular imágenes de futuro compartidas, generadas de forma creativa y consensuada, como un requisito ineludible para cualquier comunidad (ya se trate de una empresa, institución pública u organismo estatal o supraestatal) que pretenda acceder a cotas deseables de progreso y desarrollo social sostenido. Es por ello que esta obra puede y debe ser considerada una reivindicación del legado de Emilio Fontela y Jesús Moneo que trasciende lo formal, la portada, el prólogo de Federico Mayor Zaragoza, y esta introducción. La reivindicación de una forma de entender la existencia, humanista y esperanzada. No en vano, ambos dedicaron por entero su vida profesional, desarrollada en las más altas instancias de rango nacional e internacional, a este objeto: inculcar visión prospectiva, actitud proactiva y espíritu innovador a decisores y ciudadanía, con la esperanza de que ello permitiese acceder a un futuro mejor para las generaciones venideras.

Pudiera parecer que la falta de Emilio, primero, y de Jesús, mientras ultimábamos los detalles de esta obra, nos haya dejado huérfanos. Pero nada más lejos de la realidad: su luz se proyecta en este trabajo y más allá. Sólo nos queda la esperanza de ser mínimamente dignos de la confianza que ambos depositaron en nosotros, confiando en que éste no sea más que el principio de un camino ilusionante en el que, por fin, el mundo académico, profesional e institucional, asuma la responsabilidad de generar alternativas de futuro. Alternativas preñadas de oportunidades que permitan promo-

ver un desarrollo sostenible y un progreso social basados en la educación y la cultura de la innovación. Oportunidades que otorguen, por fin, al pensamiento prospectivo, del que ambos fueron precursores en el ámbito nacional, la relevancia que merece a tenor del éxito alcanzado con su implementación en otros países.

En cualquier caso y, me atrevo a decir, como a ambos les hubiera gustado reseñar, las grandes transformaciones se inician de abajo a arriba: con pequeños cambios—muchas veces ligados al ámbito puramente individual— vinculados a sensibilidades, valores, perspectivas y actitudes. Es por ello que todos los co-autores, y especialmente Mario Guilló y un servidor, en calidad de editores, le agradecemos a usted, que ahora lee estas páginas, y en primera persona, su atención e interés. Esperamos que las aportaciones aquí recogidas contribuyan, aun mínimamente, a enriquecer y fomentar su espíritu emprendedor, innovador, creativo, constructivo y proactivo. Porque el futuro está, en gran parte, en sus manos.